

José Agustín Goytisolo

EL ANGEL VERDE

En una ciudad muy grande y hermosa, junto al mar, había un Parque que hasta hacía poco estaba muy abandonado, todos los cuidados habían sido inútiles; se necesitaba algún prodigio para que volviera a ser como en épocas pasadas. Cerca del Parque vivía un Niño que se llamaba Víctor; iba cada día a la escuela y en casa de sus abuelos cuidaba las plantas y se preocupaba cuando no crecían bien. Sus Abuelos vivían muy cerca y lo que más le gustaba al Niño, al salir de la escuela, era que su Abuelo le fuera a buscar y le llevara al Parque.

Un amanecer de otoño, de esto hacía ya un año, había llegado a la ciudad un extraño personaje. Lo más asombroso de él era la gran variedad de verdes que lucía y sus alas casi luminosas. Era el Angel Verde. Se había dirigido directamente al Parque para empezar con ahinco su trabajo: hacerlo revivir.

Era un Parque muy grande y, desde que había llegado el Angel, se iba transformando en un Parque selvático y frondoso, en donde los niños se podían esconder, en dónde se respiraba un aire saludable. Los niños podían correr por sus caninos y caminitos, hacer moldes con la arena, bajar por el tobogán, jugar a ping-pong y patinar. Había fuentes, y lagos con nenúfares, peces y tortugas. Todo lo demás eran encinas, palmeras, pitósporos, todo tipo de árboles propios de la región, césped, bancos, fuentes de agua fresca...

La gente mayor, y los que cuidaban a los niños pequeños, se sentaban en los bancos, al sol en invierno y a la sombra en verano. Y comentaban el espectacular cambio que se iba produciendo, en el Parque.

El Niño era ya mayor, tenía seis años, y jugaba en los columpios y a la pelota; o al escondite, con otros niños y niñas.

El Abuelo se sentaba siempre en su banco preferido, y leía el periódico o hablaba con la gente. Era muy sociable, le gustaba mucho charlar y saber lo que los demás opinaban.

El personaje más importante del Parque, la autoridad visible, era el Guarda. A veces tenía que recordar a los niños que el Parque es como la finca de recreo de todos; que es muy necesario que haya árboles para que podamos respirar mejor, que el verde es bueno para la vista y otros razonamientos que convencían mucho. La mayoría de los niños lo entendía, pero algunos eran más ignorantes en este tema, o querían estropear las plantas, por diversión. También había algunas personas mayores que, cuando el guarda avisaba a sus hijos, se enfadaban; los muy tontos creían que el Guarda defendía las plantas porque quería el Parque para él.

Todas las mañanas, este Guarda abría las puertas del Parque para que entraran los jardineros que, durante mucho rato, recortaban y regaban el césped, barrían los parterres y los caminos, recortaban los setos, plantaban flores, limpiaban el lago, cortaban alguna rama seca y hacían otros muchos trabajos, propios de esta preciosa profesión, y que tanto les lucía desde que había llegado el Angel Verde, del que no sabían la existencia.

El parque parecía mágico; todas las plantas: árboles, arbustos, setos, plantitas con flores y césped estaban sanos, brillantes, con miles de verdes diferentes y luminosos. Se notaba que alguien protegía el Parque, a parte de los jardineros, el agua, los abonos, el dinero del Alcalde del Ayuntamiento y el Guarda. Era el Parque más acogedor, mas bonito, más alegre y más misterioso de aquella ciudad. Y todo se debía al Angel Verde.

Hacia las diez de la mañana empezaba a llegar gente: niños en cochecitos con sus acompañantes, personas mayores que caminaban despacio, algún estudiante con sus libros y otros hombres y mujeres.

A mediodía llegaban niños y niñas que salían de la escuela, y que pronto se iban a comer. Por la tarde, se repetía la misma procesión, y cuando oscurecía se oía el pito del Guarda con el que él advertía que iba a cerrar las verjas de las entradas.

Un día, cuando el Parque se iba quedando desierto, el Abuelo seguía sentado en su banco, al sol. De pronto notó una presencia extraña: alguien se acercaba sigilosamente a él. Apartó los ojos del periódico y vio a un hermoso Angel Verde que le saludaba inclinando la cabeza, y se sentaba a su lado.

-Vaya, pensó el Abuelo, éste debe ser el Angel que se ocupa de que todo esté vivo y precioso en el Parque. Este Angel manda más que el Guarda.

- ¿Es usted el que vigila las encinas, los chopos, los setos de laurel, las adelfas y las palmeras?

El Angel Verde no habló, pero contestó afirmativamente y señaló también los cipreses, el césped y las flores.

El Abuelo le miró y le dijo:

-Pues le felicito a usted, porque este parque está más bonito cada día que pasa ... Ya me parecía a mí que aquí había algo mágico...

El Angel Verde sonrió, halagado al ver que se reconocían sus virtudes, su poder y su trabajo.

Una sombra se acercó al banco... el Abuelo dirigió los ojos hacia ella ... Era el Guarda.

-Oiga usted, señor ... ¿Se encuentra bien? ¿Le pasa algo?

-¿A mí?. dijo el Abuelo sorprendido.

-Sí, sí, a usted

- ¿Por qué lo dice?

-Lo digo, porque está usted hablando solo desde hace un rato.

-¿Solo?, ¡Pero que cosa...! Yo hablaba con el Angel éste!

- Qué Angel? Aquí no hay nadie. Ha tomado usted demasiado el sol. ¿ Es usted el abuelo de ese niño tan listo?

- Pues si... usted ya nos conoce, venirnos cada día.

- Si, ya lo sé ... pero ahora, créame, váyase a casa, la insolación es mala siempre, y más ahora con todo eso del agujero de ozono.

El Abuelo le miró, asombrado, y se dió cuenta de que ni el Guarda, ni la demás gente veían al mágico Angel Verde. Cuando se levantaban del banco, el Niño se acercó al Angel, le saludó y le besó y éste le pasó suavemente el ala por la cabeza, enseguida se entendieron, eran dos enamorados de las plantas..

- Puede usted venir a casa a dormir, dijo el Abuelo al Angel Verde, mi mujer sí cree en los ángeles y además le gustan mucho las plantas, como a mi nieto. Venga con nosotros.El Angel Verde dijo que sí con la cabeza y sonrió agradecido. Estaba ya un poco cansado de que nadie le viera y de no vivir en familia.

Y el Abuelo, y el Angel, acompañaron al Niño a su casa y se fueron a la casa de enfrente, con la Abuela, que ya les esperaba y lo sabía todo. Por cierto que, el Angel Verde subió volando por la fachada, y entró por el balcón, mientras el Abuelo subía por el ascensor. Por la noche cenaron los tres juntos, y con gestos muy expresivos, el Angel explicó algunos problemas, muy serios, que afectan a las plantas que el no puede vigilar. Luego se fueron a dormir.

El Angel se tendió en una cama muy larga y blanca que le habían preparado. Por la mañana, muy temprano, fue volando al Parque para estar allí antes de que llegaran los jardineros. Desde un rincón dirigió sus suaves pero precisas órdenes a las plantas y éstas se pusieron alegres y ufanas. Cuando hubo terminado su trabajo se sentó a esperar al Abuelo y al Niño; se saludaron. El Niño se puso a jugar y el Abuelo y el Angel se sentaron en el banco. El Abuelo tenía que callarse cada vez que el Guarda pasaba por allí, por miedo a que éste le mandara a casa porque, como ya sabeis, el Guarda no veía al Angel Verde.

Durante mucho tiempo el Angel siguió cuidando el Parque. No hubo un solo día en que se quedara en la cama, Salía muy temprano a hacer su trabajo de embellecimiento de las plantas. Los jardineros tenían la gran satisfacción de ver crecer toda aquella hermosura. Después de cada mágica sesión, el Angel Verde se sentaba a esperar al Abuelo que le daba las noticias del día. El Angel, además, pasaba el ala por la cabeza del Niño y le transmitía algún secreto para que las plantas crecieran rápidamente,

Así fueron pasando los días, las semanas, y los meses hasta que un día el Angel Verde desapareció, inesperadamente, y encima de su cama la Abuela encontró una carta, que leyó muy despacio, y con mucha emoción, al Abuelo y al Niño. Decía así:

"Queridos amigos: Os dejo esta nota para deciros que el Congreso de los Verdes me ha mandado, a otro lugar, para que cuide un Parque que allí tienen muy descuidado. Yo me tengo que ir, pero algún día volveré pues he sido muy feliz con vosotros, os quiero mucho y nunca os olvidaré. Si necesitáis algo, escribidme un telegrama a esta dirección: Angel Verde. Greenpeace, el Mundo. El Congreso de los Verdes ya me avisará. Os dejo muchos besos y caricias de mis plumas. Os quiero (firmado) El Angel Verde.

El Niño, la Abuela y el Abuelo se quedaron muy tristes, no es extraño, debió ser muy impresionante vivir con un ser tan excepcional, y tiene que ser muy penoso que se te vaya en un santiamén. Pero aquella familia era muy optimista y luego de un rato de desorientación y lamentos, comprendieron la importancia de la misión que tenía el Angel Verde, pensaron que volvería a visitarles, o que ellos viajarían a otros lugares y le encontrarían haciendo de las suyas. Y también se dieron cuenta de la suerte que habían tenido al conocer al Angel Verde y de lo mucho que habían aprendido.

Y desde entonces no pasó un día en que no hablaran de él.